

## Todos los santos



1 de noviembre de 2024

Ap 7, 2-4.9-14

Sal 23

1Jn 3, 1-3

Mt 5, 1-12

P. Eduardo Suanzes, msps

Conmemoramos hoy la fiesta de todos los santos. Esta fiesta puede tener un profundo sentido si la entendemos como **invitación a la unidad de todos en Dios**<sup>1</sup>. Celebramos la Santidad (Dios), que se da en cada uno y, por lo tanto, de la que todos participamos. No se trata de distinguir mejores y peores, sino de tomar conciencia de lo que hay de Dios en todos: unos ya en la plenitud de esta conciencia, otros (nosotros) en el camino hacia esa plenitud: pero todos participando de la misma Vida, de la misma santidad de Dios.

De lo que se trata en esta vida es de descubrir en nosotros esa Vida que se nos ha dado; después, apropiarse de ella para vivirla; y, por último, manifestarla con completa naturalidad, precisamente porque se vive. Nuestros hermanos que ya están en la presencia plena de Dios ya no descubren ni tienen necesidad de apropiársela, porque ya la viven en plenitud. Pero es la misma Vida para todos, porque es Dios mismo que se da sin reservas y a todos por igual.

Si no fijamos en el evangelio de hoy la palabra que se repite machaconamente es la de **dichosos**, es decir, **felices**. La llamada del evangelio de hoy es a la felicidad y propone, no uno, sino nueve caminos o nueve modos de ser para llegar a ella. Este texto de las bienaventuranzas nos descubre el verdadero rostro del santo porque son nueve caminos para descubrir y apropiarse la misma Vida de Dios, que decíamos antes. Y al final termina diciendo...«*y esto por mi causa*», por estar unido a mí, por ser de los míos... Jesús llama a la felicidad.

Cuando después de descubrir ese tesoro uno decide apropiarse de él con honestidad y hondura se da un proceso como de inversión de personalidades por el que se comienza a dejar el viejo yo para vivirse desde Jesús, el auténtico yo de todo ser humano, ya sea del cielo como de la tierra. Es entonces cuando se produce la inversión: ya no se vive a Jesús, desde fuera, como espectador que examina el escenario desde el patio de butacas, sino desde dentro, desde la misma escena que se nos da. La nueva personalidad del seguidor de Jesús es precisamente el camino de las bienaventuranzas.

En efecto. Dice el Papa Francisco que «La fe no sólo mira a Jesús, sino que mira desde el punto de vista de Jesús, con sus ojos: es una participación en su modo de ver»<sup>2</sup>. Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que la fiesta que hoy celebramos es la participación en el modo de ver de Jesús; la participación en el modo de ser de Jesús; la participación en el mismo ser de Jesús.

---

<sup>1</sup> Cfr. FRAY MARCOS. *Todos los santos*. En [www.feadulta.com](http://www.feadulta.com)

<sup>2</sup> FRANCISCO. *Lumen Fidei*, 18. *Encíclica*. En Roma, el 29 de junio de 2013

Se trata, pues, de vivir desde Jesús, hoy y ahora. Porque para ser santo no hay que esperar a la muerte. El ser santo no es un destino que está allá en la otra vida. ¿Y saben por qué? ¡Porque no hay otra vida! No existe la otra vida. Y esta es la gran verdad para el cristiano desde Jesús.

Y no hay otra vida porque sólo hay una vida. Vivimos para morir y morimos para vivir. La vida eterna, la identificamos sólo con «el más allá». La vida eterna, sin embargo es la que nos mueve hoy, comienza en el «más acá». «*Yo he venido para que tengan vida —dice Jesús— y vida en abundancia*». Jesús dice **para que tengan**, es decir, aquí y ahora. Estar con Jesús es tener vida en abundancia, es decir, ser felices...tener la vida eterna... ¡Para esto ha venido Él!

¿Cuál es nuestro error? ¿Por qué entendemos mal las cosas, la búsqueda de la felicidad? Porque invertimos los factores. No enseñaron en matemáticas que el orden de los factores no altera el producto. Pero aquí el orden de los factores sí que tiene importancia: es decisivo. La felicidad es una consecuencia de seguir a Jesús, de la santidad, y nosotros buscamos sólo la felicidad como referencia sin darnos cuenta de que ella es una consecuencia, no la causa. La causa es la santidad, el efecto, la felicidad.

Ser santo, pues, es ser de Jesús y vivir desde él. San Pablo llamaba a los cristianos de las comunidades, a los seguidores de Jesús, santos. Ése es el sentido exacto del término: seguidor de Jesús; aquel que tiene en su intención, en su corazón, querer ser como Él, y quererse vivir desde él, aunque tropiece y se vuelva a levantar una y otra vez. Es experimentarse como hijo en el Hijo. Experimentarse como hijo es un paso colosal hacia la felicidad. No hablo de saberse hijo: hablo de experimentarse como tal. Vivirse como hijo amado del Padre, un Padre que nos ama con un amor implacable. Nos dice la Segunda Lectura, en la Primera carta de Juan, que quien no se experimenta como hijo es porque no ha conocido a Dios, es decir, es porque no lo ha experimentado a Él, porque no lo ha saboreado.

Ser santo es comenzar el camino de querer ser como nuestro Padre es. Fíjense lo que dice Juan en la Segunda Lectura: «**Todo el que tenga puesta en Dios esta esperanza, se purifica a sí mismo para ser tan puro como él**». ¡Estamos llamados a ser tan puros como Dios!. Para eso tenemos a Jesús, para eso ha venido Él, para decirnos cómo, para enseñarnos el sendero. Pero, ojo, sólo hay una forma de saber el sendero, y es caminándolo con Jesús, que es el mismo sendero. Aquí las teorías no sirven. Yo puedo saber un montón de cosas sobre el mundo, sobre la política de los países; podré conocer la geografía de tierras remotas sin moverme de mi casa, incluso del cosmos. Ahora con la ayuda de internet todo está al alcance de mi mente y de mi saber. Con el camino de Jesús no podemos hacer esto. Este camino hay que vivirlo.